

MOTA ZURDO, David, *En manos del Tío Sam. ETA y Estados Unidos*. Comares, Granada, 2021, 221 pp.

El conocimiento sobre la historia de ETA va siendo cada vez más amplio, incluyendo perspectivas novedosas que enriquecen la visión de conjunto. Como ocurre con todo el saber histórico, al elemento sustancial (el interés del historiador, relacionado lógicamente con el de la sociedad en que este se sitúa) se añade como condicionante la naturaleza de las fuentes disponibles.

El hallazgo de nuevas fuentes documentales tiene la virtud de abrir nuevos ángulos de análisis, percibir aspectos hasta ahora desconocidos u olvidados, y modificar la mirada sobre agentes o cuestiones que parecían resueltas más o menos definitivamente. En este caso, la indagación en los archivos de origen norteamericano arroja luz sobre la mirada del coloso hacia este pequeño rincón de Europa; las autoridades norteamericanas observan con interés el surgimiento de un grupo de nacionalistas cansados de la inacción del PNV (que a su vez había visto defraudadas todas las esperanzas puestas en el apoyo de la gran potencia para propiciar el fin del franquismo), que pronto derivan hacia la violencia. Pero también la respuesta norteamericana a esta irrupción plantea algunas sorpresas respecto de lo que hasta ahora se venía pensando. De entrada, la lectura del libro de David Mota nos presenta a los representantes de una superpotencia muy alejados del estereotipo: no estamos ante agentes todopoderosos capaces de mover hilos que determinan la evolución de un país. Al contrario, los análisis y los informes de los empleados norteamericanos nos hablan de unos medios más bien escasos, de una información no demasiado completa, de unas fuentes de información rudimentarias y en ocasiones engañosas. La ventaja de disponer de fuentes documentales de primera mano es que permite establecer los hechos probados y descartar (o reducir la verosimilitud) hipótesis sostenidas por determinados razonamientos o suposiciones fundados en prejuicios. Tal ocurre con la sospecha sobre la intervención norteamericana en el atentado que costó la vida a Carrero Blanco; la lógica que sostenía la dificultad de creer que ETA pudiera perpetrar un atentado de esas dimensiones a escasos metros de la embajada de Estados Unidos en Madrid pierde fuerza cuando cualquier elemento susceptible de alentar la teoría de la conspiración brilla por su ausencia en las fuentes consultadas.

En esos primeros años, la inquietud norteamericana por el componente izquierdista de la nueva organización se va atemperando cuando el nacionalismo se va imponiendo como la seña de identidad fundamental de ETA, al tiempo que no parece apuntar a los intereses de personas o empresas estadounidenses como objetivos de su acción terrorista. También se deduce que los norteamericanos no vieron en general a ETA como una amenaza al nivel en que situaban a otros grupos como las Brigadas Rojas o la RAF. Incluso los GRAPO suscitaron en algún momento una mayor atención que ETA por parte del gobierno norteamericano,

pues mientras aquel había dado muestras ideológicas «antiamericanas», ETA protagonizaba un tipo de terrorismo «de naturaleza y focalización autónoma» (pág. 152). Por ello, las autoridades norteamericanas fueron reticentes ante las peticiones del gobierno Suárez de colaboración logística en la lucha antiterrorista (pág. 142). La mirada hacia ETA deviene en preocupación por su capacidad para desestabilizar Euskadi y España; el planteamiento norteamericano se centra en reducir dicha capacidad, y para ello apuesta por la realización de concesiones al nacionalismo moderado. Tal y como propugnó el PNV durante aquellos años, se consideró que la consecución de un autogobierno amplio para Euskadi, el reconocimiento y la difusión del euskera y demás rasgos culturales específicos, así como la asunción del orden público por parte de fuerzas policiales arraigadas en el territorio pondrían las bases de la deseada pacificación. En estos términos se plantean también las recomendaciones norteamericanas. Son planteamientos, por otra parte, en los que coincidían gran parte de las fuerzas políticas y la gran mayoría de la sociedad. A esta esperanza contribuyó igualmente la desaparición de ETA p-m, después de un proceso negociador con el gobierno que incluyó una amnistía encubierta.

En una línea similar habría que situar la voluntad norteamericana de que Francia comenzara realmente a colaborar con las autoridades españolas en la represión del terrorismo. Tal actitud no era casual: respondía a la consideración de que ETA era un grupo que luchaba por la liberación de su pueblo, que había un componente político que ofrecía la posibilidad de que Francia mantuviera con ellos la tradición de tierra de asilo y de defensa de los luchadores perseguidos por gobiernos represivos. Paradójicamente, la actitud francesa cambia empujada por la actuación de los GAL, grupo identificado con el terrorismo vigilante, impulsado desde altas instancias del ministerio del Interior del Gobierno español, con serias sospechas de la implicación del propio presidente del gobierno en la planificación y creación de la banda. Los funcionarios estadounidenses constatan el enorme error que supone proporcionar argumentos a ETA para sostener su tesis de los dos bandos armados enfrentados, y de la consiguiente necesidad de la auto-defensa que ETA representa para un pueblo sojuzgado.

Mientras el GRAPO o el ERCA (Exèrcit Roig Català d'Alliberament) sí dirigieron atentados contra intereses directamente norteamericanos, en territorio vasco fue Iraultza la organización que, a la sombra de ETA, buscó dirigir su actividad (en parte mimética de aquella) contra objetivos directamente vinculados al capitalismo y al imperialismo; buscaba, de esta manera, subrayar su carácter izquierdista por encima del nacionalismo (sin renunciar a este). Es por ello que las fuentes norteamericanas hacen sentir su preocupación por la emergencia y actividad de este grupo, si bien sus limitadas posibilidades y su escaso apoyo social impidieron que dicha preocupación alcanzara cotas significativas y se prolongara en el tiempo. Iraultza, grupo vinculado al partido EMK (Euskadiko Mugimendu Komunista-Movimiento Comunista de Euskadi), no llegó a condicionar la vida polí-

tica de Euskadi de manera significativa, al menos si se compara con la incidencia y la letalidad alcanzadas por ETA.

En definitiva, nos encontramos ante una obra que aborda un aspecto muy poco conocido en el marco de la profusión de libros que se vienen publicando sobre ETA. Como señala Jesús Casquete en el prólogo, David Mota rompe con el «nacionalismo metodológico» y amplía el objetivo para analizar la realidad desde otra mirada, aparentemente más distanciada. El libro rompe mitos, descarta interpretaciones carentes de base documental, y también contribuye a «humanizar» a los encargados de defender los intereses de la primera potencia mundial: no son omnipotentes, no lo saben todo, no tienen una capacidad ilimitada para adecuar completamente la realidad a sus intereses, lo que no implica, obviamente, que no ejerzan una influencia, incluso una presión, imposible de ignorar. Por otra parte, las políticas que preconizan son muy similares a las que plantearon las principales fuerzas democráticas españolas. Pensaron, equivocadamente, que la profundización de la autonomía, la consolidación de la democracia, el respeto de las peculiaridades culturales, contribuirían a socavar el inusitado apoyo alcanzado por ETA y su brazo político cuando la democracia es ya una realidad en España. Que los norteamericanos también se equivocaron es otra demostración de lo necesario que es continuar investigando las claves que permitan explicar «cómo pudo pasarnos esto». La buena historiografía ha dado ya muchas explicaciones y sin duda va a seguir haciéndolo en el futuro. El libro de David Mota, desde la periferia del problema, es otra pieza más en ese conjunto que es necesario edificar para que la rigurosidad de la historia predomine sobre el relato sesgado y no pocas veces interesado.

*F. Javier Merino Pacheco*